



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA : D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por Rosalva.—*La verdadera riqueza*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Un traje de glase* (continuacion), por D.^a Enriqueta Lozano de Vilches.—*A Galicia* (poesía), por la Baronesa de Wilson.—*Variedades*.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin de niños*, núm. 868.—*Grabado de Labores*, núm. 80.

REVISTA DE MADRID.



AS nieblas, precursoras de la lluvia del invierno, han llegado para preparar la habitacion de su agosto amo.

En vano allá lejos, muy lejos de nosotros, en el fondo de los bosques y jardines gorjean los pájaros, y las flores entreabren sus corolas, todos esperan la venida del sol para que los inunde de amor y de alegría; ¡ay! cada dia que pasa se lleva en pos de sí un recuerdo, y las mas locas esperanzas se estinguen como el sol, cuyos rayos palidecen poco á poco.

A do quiera que dirijimos nuestras miradas las hojas amarillentas principian á cubrir la tierra húmeda, y el campo empieza á cansar la vista con su aridez y monotonía. Así es que los mas recalcitrantes tratan ya de guarecerse en la capital de la Monarquía de Dos Mundos.

En estos momentos no puede ser mas singular el aspecto de Madrid.

Todo presenta el conjunto abigarrado de una verdadera estacion hibrida, en que el invierno y el verano, la gasa y el terciopelo, aparecen en amable consorcio, sin absorberse uno en otro.

Este hermafroditismo de temperatura causa los contrastes mas estraños y curiosos.

Y como quiera que el sol calienta aún demasiado, y la sombra es suficientemente fria, las aceras de las calles ofrecen el invierno y el verano, desfilando paralelamente y en contrario sentido, como gráficos y dignísimos representantes de este inmenso carnaval que se llama mundo.

Son como dos latitudes en presencia una de otra, en un mismo grado de longitud, curioso fenómeno que los ingleses condensan diariamente bajo un cielo plomizo, que no por ser menos poético es por eso menos caprichoso que el nues-

tro, y que nos pintan en sus figurines por una trasparente lady vestida de muselina... y un pañuelo de crespon.

Los escaparates de las tiendas han sufrido una trasformacion completa.

A las frescas y vaporosas telas de gasa han sucedido los colores oscuros, los trajes de casimir y terciopelo.

Los cafés aparecen henchidos y repletos de gente, y los teatros preparan dramas y zarzuelas, capaces de hacer palidecer de rabia á los cuentos de las *Mil y una noches*.

Dichoso momento es este para el curioso.

Y sin embargo, dentro de algunos dias esta deliciosa estacion habrá desaparecido.

Y cuando el invierno sufre, cuando llora, todo debe sufrir y llorar en derredor suyo. Sus enviados oficiales han puesto mano á la obra, y el Prado y la Fuente Castellana empiezan á verse despojados de sus mas hermosos adornos, ahuyentando al huésped melodioso que llenaba el aire con sus conciertos.

Su manto de armiño ya adorna al Guadarrama. Los faroles que debian alumbrar nuestras calles se encienden antes de lo acostumbrado.

El pavimento de las casas llama á gritos la caliente alfombra, y las casas llaman á su vez á la reunion, porque el invierno, como anciano, tiene miedo á la soledad.

Que en la alegre primavera todo el mundo busque las orillas de los mares y bosques, es lógico, pues la humana criatura experimenta entonces una necesidad irresistible de encontrarse á solas consigo misma, para absorber mejor los efluvios de vida que siente brotar en sí, y que bebe en el sol, en el aire, como la flor en la brisa, el pájaro en el rayo de la aurora, el horizonte en las penetrantes emociones de la primavera.

Entonces el hombre no se encuentra solo, todo vive en

su rededor, y mil y mil voces murmuran á su oído, en su corazón, el himno santo del amor.

Pero en el invierno la soledad es espantosa; nadie quiere permanecer solo, y hasta el niño llora mas en su cuna.

¡Ay! aquel niño jugaba y reía ayer! ¡Ay! ayer era la primavera, hoy es invierno, y el niño tiene miedo del viento que gime en los corredores, y de la lluvia que azota con su monótono golpeteo las ventanas y los cristales.

Arrúllale, madre, y cuando esté dormido, vuelve al salón donde ha empezado la tertulia, donde la conversación principia á levantar sus alas, unas veces ligera y frívola, otras insinuante y graciosa, pero siempre encantadora y jovial.

La conversacion en el invierno, es la hada caprichosa que con un golpe de su varita mágica disipa el fastidio y la melancolía. En Madrid ha tomado ya posesion de las casas, enviado sus invitaciones á los dichosos convidados, y se prepara á poblar la soledad.

A falta de sol, esta reina, viva y seductora, paseará bajo todas las lámparas, en esa atmósfera tibia y perfumada que rodea á las bellas, ramillete vivo y palpitante de sonrisas de amor.

Que venga, pues, el invierno ahora con su pálido y frío semblante, que estamos preparados para recibir su cortejo.

Que lllore y gima solo, ¿qué importa? Los gritos de las fiestas ahogarán sus quejidos, las orquestas le arrojarán con sus dulces acentos como un canto de ironía.

¡Ven, invierno, prepara tus tempestades! Las puertas están bien cerradas y los corazones inflamados de proyectos de dicha. La primavera se apodera de nuestros amigos, pero tú nos los devuelves, con un mayor tesoro de cuentos é historias nuevas.

¿Qué pasto para nuestras conversaciones no serán es-

tas, en esas horas que pasan tan pronto al amor de la lumbre?

—¿Es verdad que se casa Julia?

—Sí.

A esta palabra de casamiento, un grupo de cabezas juveniles, rubias y morenas, se inclinan hácia el dichoso narrador con creciente interés. Un débil suspiro se escapa de sus corazones... pero no lo estrañen nuestras lectoras, este suspiro no es de sentimiento, es de esperanza, tienen veinte años.

Que venga, pues, el invierno... No, no injuriamos al padre de familia con nuestros gritos.

El invierno, si trae fiestas y saraos, tambien trae entre los pliegues de su manto no pocas lágrimas y miserias.

El humilde padre de familia le mira venir con temor, y la madre aprieta mas y mas al hijo entre sus brazos.

—Juan, dice la pobre madre, llegó el invierno, el velon no tiene aceite y estamos sin lumbre para calentarnos.

Y Juan baja la cabeza, una lágrima cae sobre su mano callosa, porque el pobre padre sabe muy bien que por mucho que trabaje, no ganará lo suficiente para mantener á su familia hasta la primavera.

Pero tengamos confianza, las jóvenes, por mas engolfadas que estén en sus placeres, por mas que vivan entre dias felices y fiestas sin fin, no olvidarán la buhardilla del pobre Juan, en la que la miseria arrastra por el suelo los harapos de su manto, en la que trabaja el padre sin descanso, en donde la madre hace estériles esfuerzos para calentar á su hijo entre sus brazos.

Si la primavera es la estacion de la esperanza y el amor, el invierno es la de la caridad; y el amor y la esperanza son las dos guías mas seguros de los corazones de veinte años, para hacerla agradable á los ojos de Dios.

ROSALBA.

INSTRUCCION.

LA VERDADERA RIQUEZA.

—Buenos dias, prima: ¿has descansado? ¡Ah! dime ante todo si te sucedió algo anoche. Ya habia yo dormido el primer sueño cuando te sentí todavia levantada. Estuve por saltar de la cama creyéndote enferma, porque si no ¿cómo se explica tu desvelo? ¡Debias estar como yo, rendida del paseo de ayer!

—Y lo estaba en efecto, pero qué quieres, nuestros vestidos trajeron tanto polvo del dichoso Retiro...

—¡Calle! ¿Y eso te quitó el sueño?

—¡Me hubiera sido imposible dormir sin limpiar antes toda mi ropa: el polvo que tenia creo que me hubiera ahogado!

—Vamos, Luisa, concédeme que tiene algo de manía en tí esa costumbre. ¿Para qué te sirve entonces la doncella?

—En primer lugar, la tuya, aunque muy amable, no lo hubiera podido hacer hasta hoy, y aun así, hubiera perdido en dos conceptos mi bolsillo.

—¡Calle! ¿tu bolsillo?

—¡Sin duda! Si el polvo que traian nuestros trajes hubiera estado en ellos toda la noche, mi pobre vestido negro, despues de limpiarle hoy quedaria pardo, y las cintas rosa de mi sombrero, del color del polvo. Además, tu doncella, aunque cuidadosa, cojeria mi sombrero por el ala y restregaría sin duelo mi vestido, mientras que limpiándolos yo, conserva el primero mucho tiempo su brillo de nuevo, y me dura el segundo todo el invierno. ¡Qué quieres, Julia

mia, es ya una costumbre que no me cuesta el menor trabajo!

—Te admiro... aunque sin deseo de imitarte! Pero ya que tengas esa pícara manía de limpiar tu ropa, ¿por qué no dejas á Juana el cuidado de tu cuarto? Desde hace ocho dias que estás en casa, se queja de que no le permites mas que barrer, ocupándote tú de lo demás.

—No se quejará de seguro, se sorprenderá en caso, y hace mal. Mamá no ha permitido jamás que las criadas toquen á los delicados objetos de su gabinete, y nos tiene acostumbradas á lo mismo. Así, pues, nada me altera mas que ver mi cuarto desarreglado, y cuando entro en esas habitaciones donde en cada silla hay un objeto, y sobre la mesa y el tocador mil en revolucion, pienso que al entrar los criados, que tienen siempre que atender á mas de lo que pueden, lo cojerán todo revuelto, lo estropearán, y gracias si en su precipitacion no rompen un jarron, ó una frasquera, manchando la alfombra. ¡Oh! no; cuando vuelvo muy cansada, la idea de que puedan estropear mi ropa, me dá fuerzas para todo. Además, mi buena madre asegura que una mujer cristiana debe servirse á sí misma, y que no hay posicion, por elevada que sea, donde no pueda hallar lugar esta virtud.

—¿Es posible? ¿Aún teniendo muchos criados?

—Aún teniéndolos, hay faenas que no deben ser de su cuidado. ¿No te parece que no está bien á sus groseras manos renovar las flores de los jarrones, poner la comida á nuestro canario, y guardarnos las joyas y demás prendas delicadas de nuestro atavío?

—¿Es decir que por tí misma haces todo eso?

—Sí, mis hermanas y yo; y en eso economizamos mucho de nuestra corta pension, porque destinamos á objetos nuevos lo que debíamos gastar en reparar los antiguos.

—Pues mira, lo tendré presente: á mí me dá mamá mucho mas para mis gastos que á tí la tuya, y siempre me falta dinero.

—Es, Julia querida, que, como dice mamá, la economía es la principal riqueza.

En aquel momento entró Juana y empezó á recoger la ropa de su señorita, que desde la noche anterior ocupaba en desórden todas las sillas del gabinete, excepto las dos en que se habian sentado las jóvenes. Julia, que al desnudarse lo habia dejado todo de cualquier modo, sintió un ruido, volvió la cabeza y vió en el suelo su abanico de nacar, amenazado de quedar hecho harina en cuanto Juana se moviese.

—Cuidado! cuidado! gritó. ¿No has sentido que tirabas el abanico?

—Señorita, con el ruido de la seda no habia oido: estaba debajo del traje!

Levantó el abanico, y Julia vió con dolor que una de sus guias estaba rota.

—Eres una torpe! exclamó. Cada dia me cuesta el dinero una de tus hazañas.

Entonces Luisa miró maquinalmente el vestido que llevaba la doncella en el brazo, y exclamó:

—¿Qué es esto?

—A ver, dijo Julia. Una mancha!

—Y de pintura, añadió Juana.

—Mi vestido nuevo! exclamó Julia casi con lágrimas en los ojos. Soy mas desgraciada.... Siempre me pasa algo! Y no saldrá?

—Al momento, hubiera salido, exclamó la doncella, pero ahora... En fin, le llevaremos al tinte, y de todos modos como es tan claro....

—Quieres que tiña un vestido nuevo?

—A ver qué hará la señorita si no sale la mancha. La pintura despues de seca tiene mala compostura.

—Ves lo que hubieras ganado con limpiar anoche tu ropa? Además, que al dejar el vestido de cualquier modo, la pintura que estaba fresca ha manchado otros dos paños mas, y habiéndolo visto á tiempo, con sacarle esa tira, quedaba otra vez la falda nueva.

—Ay! prima, los dias que todavía estés á mi lado acostumbrame como te han acostumbrado á tí. Me cuesta un trabajo....

—Eres todavía niña y es disculpable. Yo tengo veinte y un años.

—Yo diez y seis. Créese que en cinco años podré variar.

—Oh! en mucho menos me atrevo á hacer de tí un modelo de economía y actividad.

—De veras? Cuánto me alegraré!

—Y tendrás motivo, porque entonces, Julia mia, además de ocupar agradablemente el tiempo y evitar á tus criados que gasten el que necesitan destinar á faenas mas rudas, podrás aumentar el número de tus trajes, y pasar como yo por la mas elegante de tus amigas, cuando solo serás la mas cuidadosa. La economía, no lo olvides, es la verdadera riqueza!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LITERATURA.

UN TRAJE DE GLASÉ.

(CONTINUACION.)

Cuando Miguel se sentó á su lado la pobre anciana estendió las manos hácia él, y atrayéndolo junto á sí, le preguntó con una voz dulce y cariñosa:

—¿Estás mejor, hijo mio?

—Sí, madre, contestó Miguel; solo que he venido deprimado y me he cansado un poco.

—Y ¿cómo has pasado el dia?

—Bien, apenas he tosido, y me he sentido fuerte y bueno.

—¡Y sin dejar de trabajar, no es cierto! preguntó la madre con amargura.

—Eso no importa, además, no esté Vd. inquieta por mí, madre mia.

—Pero ¿qué es lo que sientes, dijo D. Diego dirigiéndose á Miguel, mientras Luisa y Adela se acercaban tambien prodigándole mil cuidados.

—Casi nada, respondió Miguel; que algunos dias..... Pero hoy me ha visto el doctor Alvarez, amigo de mi principal, y me ha asegurado que con pasar un mes en el campo me restablecería completamente.

—Y tú.....

—Yo creo que nada me hace falta: si nó, ya sabe usted que mi antiguo compañero Luis me ha convidado para pasar una temporada en casa de sus padres, que son labradores, y que poseen una hermosa propiedad, á pocas leguas de la córte.

—¡Oh! era preciso que fueses; se apresuró la madre á decir.

—¡Bah! pierda Vd. cuidado: mas adelante.....

—¡Es que si te empeoras! murmuró D. Diego.

—Dios no querrá que esto suceda; hoy estoy mejor que ayer, mañana estaré mejor que hoy, y así....

La anciana inclinó la cabeza y exhaló un profundo suspiro; demasiado sabia los inconvenientes que hacian imposible aquel viaje, y adivinaba al par la abnegacion de su hijo.

Todos guardaron silencio por algunos momentos, hasta que Miguel le interrumpió diciendo de nuevo:

—Luisa, ¿quieres darme una luz?

—Al instante, respondió la jóven con cariño.

—¿Vas á tu cuarto?

—Sí.

—Miguel se levantó, y su madre, llamando á Luisa con un pretexto, la dijo muy bajo.

—¿Has comprado el vaso de leche para tu hermano?

—Sí, madre mia, le respondió Luisa en el mismo tono.

—Ya sabes que está muy débil, y que aunque los demás carezcamos de alguna cosa, es preciso cuidarle á él.

—Ya lo sé, madre, y lo hago así, pierda Vd. cuidado: voy á dársela.

La niña salió con su hermano: Adela abandonando su trabajo, corrió á asomarse á una ventana, y los dos esposos guardaron silencio, entregándose cada cual á sus tristes reflexiones.

III.

Cuando Luisa entró en el cuarto de Miguel, encontró á éste en su pobre lecho y conteniendo con trabajo algunos golpes de tos, que se habia hecho la violencia de sujetar mientras estaba en presencia de sus padres.

La jóven se acercó á él y le dijo con voz angustiada.

—¿Estas hoy peor, es verdad?

—Sí, hermana mia, respondió él, no quiero negártelo.

—Pero ¿no has dicho que ese viaje?...

—¿A qué es hablar de un imposible? mi corto sueldo hace falta á nuestros padres, y prefiero morir á privarles de este apoyo.

—¿Y no comprendes que puedes empeorar?

—Será al menos llevando mi cruz hasta el fin, ¿por

ventura, no vives tú, no solo trabajando siempre, sino consolando, y sosteniendo á esos pobres ancianos de quien somos el apoyo y el sosten?

—Yo es indiferente, estoy buena y.....

—¡Buena y tus mejillas están cada dia mas pálidas y tus ojos mas hundidos!

—Esto no es falta de salud, esto solo demuestra mi inquietud por tí, ¡te amo tanto!

—Ya lo sé, pero vuélvete al lado de nuestra madre; si te estás mucho tiempo aquí va á creer que estoy peor, y se inquietará de nuevo.

—Es que..... dijo la niña con vacilacion, me ha mandado que te de un vaso de leche, y.....

—¿Y qué?

—Crée que he venido á dártelo.

—Sigue.

—Y no le tengo, Miguel, no he podido comprarlo hoy.

El jóven sonrió con una amargura indescriptible, y mumuró estrechando la mano de su hermana.

—No tengas cuidado, Luisa, yo diré á nuestra madre que no lo he querido.

—¡Oh! al contrario, si quieres verla tranquila.....

—Te comprendo: diré que lo he tomado, y no turbaré el sueño de la pobre anciana el saber que su hijo enfermo y débil se acuesta sin tomar alimento alguno.

Luisa enjugó una lágrima con la punta de su delantal. ¡Dios solo podia medir el dolor que iba envuelto en aquella gota de llanto!

Un momento despues la hermana de Miguel volvía con la frente tranquila y la sonrisa en los lábios á la pobre habitacion donde se hallaban sus padres.

Mas al ir á penetrar en ella, se detuvo un momento indecisa sin saber si volverse atrás: habia escuchado una voz desconocida, y como las visitas eran cosa estraña en aquella casa, Luisa no sospechaba quién pudiera ser, y su natural timidez la aconsejó retirarse de nuevo.

IV.

Una visita, en efecto, habia entrado en la morada de don Diego, frecuentada solo por la desgracia, pero como en pos de los pesares llega siempre el consuelo, como donde hay lágrimas que enjugar se presenta la mano de Dios, bajo la forma de la caridad cristiana, las recién llegadas venían á cumplir las promesas del Señor que ha dicho: «Pedid, y alcanzareis, llorad, y sereis consolados.»

Doña Luz acompañada de Diana era la que se hallaba junto á D.^a Isabel y su esposo: de Diana, que inspirada por su buena aya venía á depositar en las manos de aquellos ancianos el primer fruto que la caridad cristiana iba á dar en su alma: de Diana que venía con el importe de su traje á mejorar la situacion de aquella infeliz familia.

¡Oh! aquella niña que hasta entonces solo habia sido una hermosa flor entreabierta apenas por las auras de la vida, se convertía en aquel momento en un ángel, en el ángel bello del consuelo que venía á enjugar el llanto y á sostener la fé de aquellas almas atribuladas.

Doña Luz cambió algunas palabras con sus pobres amigos, se informó con el mismo interés de otras veces de su

situación, de su estado, de la salud de sus hijos: las respuestas que recibió á sus preguntas todas fueron tristes, desconsoladoras y amargas: su escasez de medios era la misma, sus esperanzas pocas, la salud de su hijo perdiendo mas cada vez.

—Dicen que algunos días en el campo podría devolverle las fuerzas y mejorarle en algun tanto, exclamó la madre suspirando, pero esto no es fácil; esto es mostrar al sediento el vaso de agua, sin dejar que le acerque á sus lábios.

—¿Y por qué? preguntó D.^a Luz con interés.

—Porque ¡ay! amiga mia, porque Miguel no puede separarse de nosotros; eso es un imposible.

—¡Imposible!

—Sí; bien lo sabe Vd.

El aya de Diana comprendió que su amiga no queria proseguir, detenida acaso por la presencia de aquella niña á quien conocian por primera vez, y ante quien no querian mostrar sin duda todo lo angustioso de su pobreza.

—Diana, dijo entonces el aya, Adela es de tu misma edad, dila que te enseñe sus trabajos y sus bordados, y si ves alguno que te agrada, ella tendrá un placer en trabajar para tí.

Las dos niñas se aproximaron al hueco de una ventana, donde bien pronto trabaron una animada conversacion, merced á la expansion de los pocos años.

D.^a Luz entonces acercó mas su silla á la de D. Diego, y le dijo con rapidez.

—¿Con qué es decir que si contaran con algunos recursos Miguel podría?...

—Sí: podría salvarse, dijo D. Diego; podría adquirir de nuevo, el vigor y la alegría de la juventud; pero ya hemos dicho....

—Sí; añadió D.^a Isabel muy bajo, ya hemos dicho que eso es imposible: y que mi pobre hijo morirá por falta de medios, por carencia de recursos: perdone Vd., amiga mia, si la afligimos con nuestras penas, pero hay momentos en que el dolor rebosa, y no puede contenerse en el estrecho límite del corazon: todo el día nos estamos haciendo violencia por ocultarnos unos á otros estos temores que nos torturan el alma, pero existen sin embargo, y es preciso alguna vez buscar al menos consuelo comunicándolos á otro sér que los sienta y los comprenda.

—Y... ¿seria necesario mucho para que Miguel saliese de Madrid?

—No, no señora: estamos tan acostumbrados á la escasez, que con lo que otros juzgarian nada, tendríamos lo bastante.

Pero, insistió D.^a Luz, eso no es responder á mi pregunta.

—¿Y á qué hemos de hablar de ello? tan imposible nos es reunir una cantidad, por muy insignificante que sea, como una suma considerable: ya sabe Vd. que hemos agotado en nuestra desgracia cuantos recursos estaban á nuestro alcance.

—Pero.....

—Sí; añadió D. Diego tristemente, ¿qué importa que con veinte ó treinta duros á lo mas nos creyéramos hoy felices, si no podemos contar con uno siquiera?

Al escuchar estas palabras, el rostro de D.^a Luz se ilu-

minó con una súbita alegría, hizo un movimiento para hablar, pero la palabra que iba á brotar de sus lábios quedó detenida en ellos, y solo dijo con dulce voz.

—Confíen Vds. en Dios, en la Santa Virgen, que es madre de tristes, y consuelo de afligidos: tal vez cuando menos lo esperen, se obrará lo que parece un milagro solo, y por cualquier medio obtendrán.....

—Esperanzas vanas, mi querida amiga, todas las puertas están cerradas para nosotros.

—¡Oh! no hable Vd. así: con esas palabras ofende á Dios; á Dios que cuenta nuestros suspiros, que mira nuestros dolores, y que acaso nos ofrece las aflicciones para que busquemos consuelo en él: en Dios que espera siempre el momento oportuno en que nada podamos esperar ya del mundo, para tendernos su mano, y hacernos conocer de este modo que nada somos, que nada podemos sin él, y que de su diestra solo puede venir el remedio de nuestros males. ¿Por ventura duda Vd. de su poder? ¿no cree Vd. en su misericordia?

—¡Oh! ¡sí creol respondieron ambos ancianos cruzando las manos con fervor.

—¿Y no esperan en su bondad?

—¡Sí espero! repitieron con igual acento.

—Entonces, todo lo hará Dios, ¡confiemos!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

Á GALICIA.

Dedicada á mi buena amiga la EXCMA. CONDESA DE PIEGNE.

I.

Baja destello del cielo
Ven á iluminar mi frente,
Enciende viva riente,
Juvenil inspiracion;
Y en un mundo de ilusiones,
Vestido de ricas galas,
Tienda sus audaces alas,
Otra vez mi corazon.

II.

Presta sonora armonía,
A la voz del pensamiento,
Que dentro del pecho siento
Con nueva fuerza brotar;
Que las dulces emociones
En que mi alma se agita,
Atrevido necesita,
Mi ardiente lábio pintar.

III.

Y mi corazon que un día
Revestido de ilusiones,
De cándidas sensaciones,
Centro purísimo fué;
Hoy pide flores y fruto,
Abundante y perfumado,
Tierno, rico é impregnado
En aroma de la fé.

IV.

Luchas desean y gloria,
Aun mis juveniles años,
No futuros desengaños,
En el marasmo evitar;
Quiero penas y alegrías,
No indiferencia y sosiego,
Ansía mi alma de fuego,
Enagenada cantar.

V.

Presta tu voz á mi mente,
Viste mi lira de flores
Con tus vívidos colores,
Engalana mi pincel;
Y cantaré de Galicia,
Los valles verdes y frescos,
Los collados pintorescos,
Su embalsamado vergel.

VI.

Sus cristalinos arroyos,
Sus cascadas ondulantes
Donde mágicos cambiantes,
Caprichoso forma el sol;
Las sencillas aldeanas,
Puras, dulces, candorosas,
Que á las purpurinas rosas,
Le robaron su arrebol.

VII.

Sus montañas de granito,
Sus praderas de esmeralda,
Fresca y lozana guirnalda,
Que la cerca por do quier;
La campiña floreciente
De la fértil Pontevedra,
Donde crecen entre yedra
La magnolia y el clavel.

VIII.

Vigo, reina de los mares,
Cual centinela avanzado
De jardines circundado,
Que se miran en el mar;
Alfombrados de arrayanes,
De nardos, lirios y rosas,
De pintadas mariposas,
Madre-selva y azahar.

IX.

Del Miño, las pintorescas
Y perfumadas riberas,
Las *mariñas*, placenteras
Y los valles de Padron;
Claros, caudalosos rios,
Bosques, de verdor eterno,
Donde nunca el crudo invierno
Mata la vejetacion.

X.

Y de la alegre Coruña,
El *Orzan* tempestuoso,
Que huye y rompe presuroso,
Con incesante rumor;
Su espléndida y mansa ría,
Que en lijeros barquichuelos,
Cruza cantando sus duelos
El sencillo pescador.

XI.

Ferrol, con sus arsenales,
Orgullo del suelo hispano,
Forjando con diestra mano
En su recinto el metal;
Régios buques construyendo,
Que en los puertos extranjeros
Acreditan altaneros,
El progreso nacional.

XII.

Sus esforzados marinos
Con la pericia y el brío,
Realzan el poderío
De la Ibérica nacion;
Que si yacía olvidada,
Allende los anchos mares,
Vuelve tras rudos azares
A despertar el leon.

XIII.

Santiago, joya preciada,
Jerusalen de Occidente,
Santuario refulgente,
Para la española grey;
Salve, Basílica augusta,
Que de remotas regiones,
Viene á ofrecerte sus dones,
El peregrino y el Rey.

XIV.

Bella Suiza española,
Oásis de poesía,
Rica de luz y armonía,
Eden, que el mortal soñó;
Un bardo mas inspirado
Cantára tus tradiciones,
Tus feudales torreones
Que el pasado te legó.

XV.

Galicia, yo te saludo
Lanzando mi voz al viento;
Acoje el sentido acento
Que brota del corazón;
Peregrina en tus hogares
De franco cariño en prenda
Deposito humilde ofrenda
En tu risueña mansion.

LA BARONESA DE WILSON.

Coruña, 1867.

VARIEDADES.

La balada de la muerta.

Dyrving fué á una isla, y allí se casó con una hermosa jóven, cuyos ojos parecían á la flor azul de los acianos, y los cabellos espigas en sazón.

Vivió con ella dichoso durante siete años, y llegó á ser padre de seis niños. Pero hé aquí que la muerte pasó por allí, y el bello lirio sin mancilla fué implacablemente segado de su tallo.

Dyrving se marchó á otra isla, escogió á otra esposa, y así que el casamiento estuvo hecho la llevó á su casa, en donde habia dejado á los pequeños huérfanos.

Desgraciadamente esta segunda esposa era de carácter duro y de corazón malvado, vió á los pobrecillos que la contemplaban llenos de espanto, y les dijo quitándoles su parte de pan y de cerveza:

—Tendreis hambre y sed.

Quitóles sus lindos almohadones azules bordados por su madre, y les dijo:

—Dormireis sobre la paja.

Quitóles sus cirios brillantes, formados con la hermosa cera blanca recolectada por su madre, y les dijo:

—Estareis á oscuras.

Por la noche los niños, abandonados en su casa, empezaron á llorar con todas sus fuerzas, y su madre los oyó desde su lecho de tierra, los oyó debajo de su frío sudario, y resolvió volver á ellos.

Recurrió entonces á Nuestro Señor, y levantando hácia él sus manos suplicantes:

—Permitidme, le dijo, ir á consolar á mis pobres niños que sufren y que lloran.

Imploró durante mucho tiempo esta gracia, que al fin le fué concedida, con la condición de que volvería á cobijarse en su tumba antes del primer canto del gallo.

Levantó entonces llena de júbilo la cubierta de su sepulcro, y aunque sus piés estaban helados pudo franquear las paredes del cementerio.

Cuando pasó por la aldea, los perros estremeciéndose de horror, hicieron resonar los aires con sus mas lúgubres aúllidos.

Cuando llegó á su casa encontró á su hija mayor de pié en el umbral de la puerta, y llorando amargamente.

—¿Qué haces aquí, hija querida? En dónde están tus hermanos, y tus hermanas que deseo estrecharlos sobre mi corazón?

—Tú no eres nuestra madre, respondió la niña retrocediendo asustada. Nuestra madre era jóven y bella: nuestra madre tenia las mejillas blancas y sonrosadas, y tú estás descarnada y pálida como una muerta!

—Cómo quieres que conserve mi juventud y mi hermosura si he estado en el imperio de la muerte? Cómo quieres que conserve la blancura y el color de mis mejillas si he estado oculta debajo de la tierra? Pero mira mi corazón y podrás reconocerme, porque está resplandeciente de amor.

Abrazó diciendo esto á su hija, y entró en la estancia en

donde lloraban los niños. Cogió al mas pequeño y lo lavó con esmero, trenzó los cabellos del segundo, y los consoló á todos con sus caricias y sus besos.

Después dijo á su hija mayor.

—Vé al instante á buscar á tu padre; es preciso que le hable.

Dyrving entró en la estancia, y al ver á la muerta quedó de pié y petrificado de terror.

Entonces la muerta dijo:

—Yo habia dejado aquí pan y cerveza, y mis hijos tienen hambre y sed. Yo habia dejado almohadones azules, y mis hijos duermen sobre paja. Yo habia dejado cirios brillantes, y mis hijos gimen en las tinieblas. ¡Ay de vosotros si tuviese que volver á dejar mi sepultura!

Pero hé aquí que el gallo encarnado canta, y todos los muertos tienen que volver á la tierra; hé aquí que el gallo negro canta, y no puedo permanecer mas tiempo entre vosotros; hé aquí que el gallo blanco canta, y se abren las puertas del cielo.

Desde entonces cada vez que Dyrving y su mujer oyeron ladrar á los perros durante el día dan á los niños pan y cerveza, cada vez que oyen gruñir á los perros al anochecer dan á los niños sus almohadones azules y encienden los cirios brillantes, y cada vez que oyen aúllar á los perros durante la noche tiemblan y rezan, temiendo que vuelva la muerta.

¡Ah, que ni aun la helada sepultura puede entibiar el cariño de una madre! ¡Ah, que una madre, aun después de muerta, vela por sus hijos!

* * *

Lo que está de Dios.

Hace mas de treinta años, dos jóvenes se amaban apasionadamente: él se llamaba Juan, ella Elvira. El destino los separó, envidioso de todo lo que es ventura en este mundo.

Mas tarde, ella, cediendo á las exigencias paternas, se casó con otro; él hizo fortuna en América, y eligió por esposa á una de sus mas bellas hijas.

Hace quince días, el jóven, convertido en viejo, se hallaba en Madrid, lamentándose con un amigo suyo de su viudez prematura y de su soledad amarga.

—Por qué no se casa Vd.? le dijo el amigo.

—Porque no sé adónde ir á buscar la mujer buena y virtuosa, tal como yo la sueño, y cuya edad no desdiga de la mia.

—Yo sé de una, viuda tambien; replicó vivamente el amigo, pero es muy pobre.

—Yo soy rico! inmensamente rico! exclamó Juan; presénteme Vd., y todo quedará arreglado.

Cuando ambos amigos penetraron en la miserable buhardilla de la viuda resonaron dos exclamaciones.

—Juan!

—Elvira!

Eran las dos medias naranjas que habian vuelto á encontrarse.

En estos momentos, Mad. Clemence está concluyendo á toda prisa el equipo de la novia, no jóven, pero hermosa todavía, y el lunes que viene unirán para siempre sus destinos al pié de los altares.

—

—

LABORES.

La primera que muestra nuestro grabado es una linda *pililla* para fijarse á la cabecera del lecho, objeto llamado á figurar en nuestra vida íntima, enlazándose á las mas puras expansiones del alma. En ese objeto místico deben fijarse nuestros ojos al despertar; á él debe tenderse nuestra mano en tanto que la mente se eleva al cielo todas las mañanas, antes de pensar en las cosas de la tierra.

Esa linda pila coronada por el símbolo del cristiano, se ejecuta en terciopelo azul ó morado, adornándola con cordon de oro y cuentas de cristal del modo siguiente:

Se corta de cartulina la cruz, y de la misma dos patrones, mayor uno que otro para coserlos por el borde y formar la bolsa. (Estos patrones irán en el pliego de dibujos del número próximo.) Despues se forra de terciopelo la cruz, y lo mismo los dos pedazos de la bolsa, que el uno queda plano para el respaldo y el otro convexo, cosido al anterior por todo el borde inferior, y la bolsa por su centro á la cruz: un grueso cordon de oro guarnece ésta, que lleva además en el centro un hilo de cuentas de cristal: la base se adorna igualmente por hilos de perlas perpendiculares, que se cosen al terciopelo de trecho en trecho, rematando por un colgante de las mismas cuentas y otro entre cada hilo, lo

que da por resultado un fleco severo. Un cordon de oro guarnece además todo el borde y costura de alrededor, y otro forma feston por delante en la orilla superior de la pila. Para poderla utilizar, falta solo colocar una sortija por detrás de la cruz, para suspenderla de la pared, y una concha ó vasito en el fondo para contener el agua.

El segundo modelo es un entredos de *mallá guipure* destinado á enriquecer objetos de lencería, como puños, cuellos, cofias, peinadores, etc. Consta solo de cuatro huecos, y ya hemos explicado la manera de ejecutar estos entredoses de mallá, para lo cual hay necesidad de crecer en una vuelta sí y otra nó un punto, y menguar otro en las contrarias para que resulte recto: despues se coloca el entredos en marco ó bastidor y se borda á punto de *zurcido* el dibujo de cuadros, y se forman molinetes en la cruz que resulta en el centro. No nos cansaremos de recomendar esta clase de labores, que deben ejecutarse con algodón inglés de carretes, dando por resultado encajes de una solidez superior á cuantos puedan fabricarse en el hogar doméstico.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin de Niños, núm. 868.

FIG. 1.^a TRAJE PARA NIÑA DE SEIS AÑOS.—*Vestido* raso de seda azul, de forma de sotana, cerrado á la izquierda y prolongado en el paño de adelante, figurando el adorno de terciopelos negros orillados de blanco, plaston ó estola que baja dos dedos del canto de la falda. *Manga* con vuelta, *botas* azules, y *sombrero-postillon* de terciopelo azul con pluma blanca.

FIG. 2.^a TRAJE PARA NIÑO DE NUEVE AÑOS.—*Vestido* de cazador, compuesto de calzon y blusa de terciopelo negro, ceñida ésta con cinturón de cuero, y limosnera unida á él: *botin* de paño de color de cuero que sujeta el calzon, *corbata* de foulard, y *sombrero* de fieltro con pluma de faisán.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑO DE TRES AÑOS.—*Vestido* de piqué-muleton blanco, de forma de sotana con esclavina, y bordado de soutache entre terciopelos rosa: *cinturón* rosa, atado atrás.

FIG. 4.^a TRAJE PARA NIÑA DE ONCE AÑOS.—*Vestido* de seda color de pensamiento, adornada la falda en el bajo por tres bieses de la misma tela, y túnica encima de poplin medio color, cerrada torcida con escarapelas y biés de seda, que se continúa alrededor: la manga de la túnica es perdida, y deja ver la interior justa, color de pensamiento: cinturón de este color sujeta la túnica. *Sombrero* de fieltro blanco, con el ala levantada á los costados por una cinta de terciopelo pensamiento, que baja á anudarse por detrás, debajo del pelo.

FIG. 5.^a TRAJE PARA NIÑO DE UN AÑO.—*Vestido* de batista bordada, y cinturón rosa atado por detrás. *Gorra* con encajes y cintas rosa.

FIG. 6.^a TRAJE DE CALLE PARA SEÑORA.—*Vestido* de grós de Egipto, de medio color, con falda doble, larga la primera, y adornada de un terciopelo de igual color, colocado á picos en el bajo, y con otros tres encima, en un pico sí y otro nó: la falda de encima va cortada á grandes picos que figuran paños montados, guarnecidos hasta la cintura por dos terciopelos y un lazo en cada union de los picos. Cuerpo alto con cinturón, al que va unida aldeta de pico por delante y por detrás, y manga entrecancha. *Sombrero* de raso blanco, con encaje al borde, levantado por delante y caido por detrás, con echarpe de tul que baja á formar las bridas: un cordon de raso que sirve de diadema, y dos grupos de flores blancas con hojas secas, completan el sombrero.

FIG. 7.^a TRAJE PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.—*Vestido* de poplin blanco con listas de raso grosella, compuesto de falda y cuerpo con aldeta, redonda por detrás y recta, y mas corta por delante: cinturón grosella con caidas, y bieses de igual color en el hombro, bajo de la manga y costados de la falda, sujetos éstos por lazos de la misma tela. *Sombrero* de fieltro blanco con cinta y tableado grosella.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Illustration imp. r. Jacquinot. 38. Paris

Jules David

Al. Goubaud del. Paris

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92

Costumes et Capris de la M^{me} Au Cardinalfesch. N^{os} 9. Angoulême, 45. Roubaux et Valenciennes Ala Ville de Lyon, r. de la Charrière et d'Anvers. 6. Capris de Violet pour le S. M. L'Impératrice. r. S. Denis 317. Antoinette's couche de M. C. Grizner et G. Boulevard Sébastopol. 83.

Entered at Stationer's Hall

LONDON: H. Weldon, 29, Tavistock Street, near Covent Garden. W. C.

MADRID: El Correo de la Moda



